



El papel del lector y su auge en la reciente teoría literaria francesa

The role of the reader and its increasing importance in current French literary criticism

Pedro Pardo-Jiménez

<https://orcid.org/0000-0003-2730-6184>

Universidad de Cádiz (España)

Fecha de recepción:

04/05/2020

Fecha de aceptación:

05/02/2021

ISSN: 1885-446 X

ISSNe: 2254-9099

Palabras clave:

Crítica literaria; respuesta lectora; relación lector texto; procesos lectores; comprensión lectora.

Keywords:

Literary criticism; reader response; reader text relationship; reading processes; reading comprehension.

Correspondencia:

pedro.pardo@uca.es

Resumen

En el terreno de la teoría de la Literatura, el debate que cerró el siglo pasado fue el de los límites de la interpretación: por una parte, estudiosos como Umberto Eco defendían que el texto posee un sistema de coherencia interna que limita el número de interpretaciones posibles; por otra, autores estadounidenses como Rorty o Culler proclamaban la libertad total del lector en el proceso de creación de significados. En los dos primeros decenios del siglo XXI, los teóricos del ámbito francófono parecen inclinarse mayoritariamente por la segunda opción. La influencia de los trabajos de Michel Charles y de Stanley Fish ha dado lugar a nuevas aproximaciones críticas como la teoría de los textos posibles (Michel Charles y grupo Fabula), la crítica intervencionista (Pierre Bayard) o el posttextualismo (Franc Schuerewegen), que coinciden en la idea de que las propiedades del texto (coherencia, significado, literariedad) son en realidad aportaciones del lector. A partir de aquí, la misión del crítico no es tanto interpretar el texto como actualizarlo a partir de una lectura innovadora y creativa que en última instancia se identifica con la reescritura.

Abstract

The end of the last century witnessed a debate in the field of literary theory around the limits of interpretation: on the one hand, scholars like Umberto Eco maintained that text has a system of internal coherence that limits the number of possible interpretations; on the other, American authors like Rorty or Culler proclaimed the total freedom of readers in the process of meaning creation. During the first two decades of the 21st Century, most theorists in the French-speaking world seem to lean towards the latter option. The influence of Michel Charles' and Stanley Fish's works has given rise to new critical approaches like the Theory of the Possible Texts (Michel Charles and Fabula Group), the interventionist critique (Pierre Bayard) or Post-textualism (Franc Schuerewegen), which agree on the view that the properties of the text (coherence, meaning, literariness) are in reality readers' contributions. From this perspective, the critic's goal is not so much to interpret the text as to update it through a new and creative reading which ultimately identifies with rewriting.

Pardo-Jiménez, P. (2021). El papel del lector y su auge en la reciente teoría literaria francesa. *Ocnos*, 20 (2), 117-124.

https://doi.org/10.18239/ocnos_2021.20.2.2388



Introducción: los límites de la interpretación

En el ámbito de la teoría de la Literatura, el debate que cerró el siglo pasado fue el de los límites de la interpretación. Recordemos: una vez proclamadas en los años sesenta la muerte del autor (Barthes, 1968) y la pluralidad de significados de la obra (Eco, 1962), la principal cuestión que quedaba por resolver era la de delimitar el papel del lector en el proceso de la generación del sentido. Entre las múltiples posibilidades que se presentaban, dos tendencias llegaron a imponerse con cierta claridad. La primera de ellas establecía que la lectura está programada en el texto, de suerte que la acción del lector se limita fundamentalmente a reconocer y explotar las estrategias preestablecidas por el autor. Desde este punto de vista, las eventuales divergencias interpretativas obedecen al hecho de que la competencia de los lectores reales nunca es la misma, pues cada individuo moviliza solo una parte de las instrucciones del texto: aparecen así diferentes avatares del lector ficticio como el “archilector” (Riffaterre, 1970), el “lector implícito” (Iser, 1972) o el “lector modelo” (Eco, 1979). Muy popular en Europa, esta tendencia se enfrentaría en Estados Unidos a no pocas voces discordantes, entre ellas las de pragmatistas tan conocidos como Stanley Fish y Richard Rorty o de deconstruccionistas como Jonathan Culler –sobre los que volveremos–, que ignoran la figura del lector ficticio en favor de un lector real cuya misión consiste en entregarse por completo a la deriva incesante del significado.

Como sabemos, fueron precisamente las libertades exegéticas que se tomaban algunos de sus contemporáneos las que llevaron a Umberto Eco a publicar en 1990 *Los límites de la interpretación*, ensayo en el que defendía la tesis de que decantarse “en exceso en pro [...] de la iniciativa del intérprete” (1992, p. 19) constituye un abuso de la idea de semiosis ilimitada que él mismo había defendido. Con objeto de establecer la aceptabilidad de los actos interpretativos, Eco propuso aquí una tricotomía constituida por tres tipos de intención: la *intentio auctoris* (lo que el autor quiere decir), la *intentio operis* (lo que el texto dice desde su propia coherencia interna, independientemente de la intención del autor) y

la *intentio lectoris* (lo que el destinatario extrae del texto en función de sus propios sistemas de significación). A partir de aquí, Eco distingue entre la interpretación, que se ciñe a la *intentio operis*, y la utilización de los textos, que da vía libre a la actividad –y a la creatividad– del lector.

Dos años después, todas estas cuestiones fueron revisadas en las famosas conferencias Tanner de Cambridge, en las que Rorty y Culler demostraron que sus posiciones críticas seguían estando muy alejadas de las de Eco. Rorty rechaza la noción misma de *intentio operis*, fundamentalmente porque considera que la coherencia del texto no es una propiedad previa e independiente, sino que procede del propio acto de la lectura:

[...] no veo ninguna forma de preservar la metáfora de la coherencia textual *interna*. Pensaría que un texto sólo tiene la coherencia que logra reunir en la última vuelta de la rueda hermenéutica, del mismo modo que un montón de arcilla tiene la coherencia que ha conseguido reunir en la última vuelta del torno del alfarero. Así que preferiría decir que la coherencia del texto [...] no es más que el hecho de que alguien ha encontrado algo interesante que decir sobre un grupo de marcas o ruidos (Rorty, 1995, p. 105).

Desde este punto de vista, la distinción entre interpretación y utilización de los textos deja de ser operativa:

Ésta es, por supuesto, una distinción que los pragmatistas no deseamos hacer. En nuestra opinión, todo lo que uno hace con cualquier cosa es usarla. Interpretar algo, conocerlo, penetrar en su esencia, etcétera, son sólo diversos modos de describir algún proceso de ponerlo en funcionamiento (p. 101).

Por su parte, Culler sí cree en la interpretación como acto específico, pero tal y como anuncia el elocuente título de su conferencia “En defensa de la sobreinterpretación”, se opone a cualquier intento de constreñir las virtualidades infinitas de la *intentio lectoris*, antes al contrario:

[...] no creo que haya que considerar la producción de interpretaciones de obras literarias como meta suprema, y mucho menos única meta, de los estudios literarios, pero si los críticos van a dedicar su tiempo a la elaboración y la propuesta de interpretaciones, entonces

deben aplicar toda la presión interpretativa que puedan, deben llevar su pensamiento todo lo lejos que les sea posible. No cabe duda de que muchas interpretaciones “extremas”, como muchas moderadas, tendrán escaso impacto, porque se juzgarán poco convincentes, redundantes, irrelevantes o aburridas, pero si son extremas, gozarán, en mi opinión, de una mayor posibilidad de sacar a la luz conexiones o implicaciones no observadas o sobre las que no se ha reflexionado con anterioridad (Culler, 1995, p. 128)¹.

A finales del siglo pasado, el debate entre la subinterpretación y la sobreinterpretación quedaba pues abierto, y en este sentido –y para irnos aproximando ya al tema concreto de este trabajo–, señalaremos que durante estos años las contribuciones procedentes del ámbito francófono no resultaron especialmente relevantes. Ciertamente es que no pocos críticos franceses optaron por actualizar métodos ya consolidados reorientándolos hacia la figura del lector real, giro altamente beneficioso que dio lugar, por ejemplo, a la sociología de la lectura de Alain Viala (1985) y Jacques Lennhardt et al. (1982), a la historia de la lectura del eminente Roger Chartier (1987) o al psicoanálisis de la lectura con Michel Picard (1986) y Vincent Jouve (1993). Sin embargo, en su mayoría estas aproximaciones se interesaban prioritariamente en conocer las diferentes modalidades de la lectura real, sin entrar verdaderamente en la cuestión de los límites de la interpretación. La única excepción a esta regla fue probablemente la de Antoine Compagnon, quien en *Le démon de la théorie. Littérature et sens commun* (1998) propone un balance general de los logros de la teoría literaria contemporánea. Sin embargo, lo que en este ensayo se hace no es tanto buscar una solución al debate de la interpretación como constatar que el debate es en sí mismo irresoluble, fundamentalmente porque las dos posiciones enfrentadas –*intentio auctoris* contra *intentio lectoris*– son en sí mismas indefendibles: utilizando un hábil juego de palabras, Compagnon concluye que la creación del sentido es un proceso participativo en el que intervienen tanto el autor como el lector, es decir, que estamos simplemente ante un caso de sentido común (1998, pp. 163-194).

De la muerte del autor a la muerte del texto

Por estos años, y visto el predicamento del que aún gozaban las ideas de Eco en Europa, nada hacía presagiar que, a lo largo de los dos decenios siguientes, la balanza iba a inclinarse sensiblemente hacia el lado del lector. A ello ha contribuido de manera muy significativa la publicación, en 1995, de *Introduction à l'étude des textes*, estudio en el que, partiendo del principio de que la interacción entre el texto y el comentario es total e indisoluble, Michel Charles elabora una teoría que orienta la práctica de la lectura hacia vías completamente nuevas. Para ello, empieza revisando la propia definición de texto:

Estamos ahora ante dos definiciones diferentes del texto: un texto es un ser de lenguaje que goza de autoridad; un texto es aquello que se toma como objeto de un comentario. Está claro que la segunda definición engloba a la primera en todos los sentidos del término [...]. En vez de decir que el texto posee una autoridad o, más bien, en vez de comportarme como si la tuviera, constato que soy yo, el lector o el crítico, quien se la atribuyo (Charles, 1995, pp. 47-48)².

Además, la autoridad del texto es a su vez el origen de dos prejuicios críticos que tampoco resultan independientes de la acción del lector. El primero de ellos es la propia existencia del texto:

Mi intervención sobre el texto, ya sea simple lectura o trabajo de análisis, no solo la hace variar, sino que lo hace existir [...]. Nuestra nueva definición del texto cuestiona radicalmente el primer prejuicio crítico: desde el momento en que hay previa e inextricablemente interacción texto-comentario, la idea misma de una existencia del texto es indefendible (pp. 47-48).

El segundo, su pretendida unidad, que según Charles “no es más que la proyección de la coherencia del análisis” (p.58). Este último prejuicio resulta más transcendental aún, pues compromete la propia posibilidad de la hermenéutica, entendida esta como la operación que consiste en extraer del texto un sentido preexistente. En suma, no hay un texto como tal ni tampoco un sentido del texto, pues uno y otro surgen del proceso mismo de la lectura:

Cabe suponer que las construcciones de sentido que hace el lector no son completamente anárquicas ni aleatorias, es eminentemente deseable que no lo sean; en cualquier caso parece a priori presuntuoso pretender decidir lo que, en esta operación, depende de una organización operada por el lector y lo que depende de una organización propuesta por el texto (p. 138).

En realidad, hasta aquí Charles no hace más que desarrollar algunas ideas que, como vimos anteriormente, ya habían sido expresadas por Richard Rorty. La novedad aparece cuando el crítico francés, pasando de una perspectiva hermenéutica a una perspectiva retórica, propone sustituir la autoridad del texto por su variabilidad, idea que desemboca en lo que hoy se conoce como teoría de los textos posibles.

Y es que lo que la fórmula “el texto no existe” quiere expresar no es tanto que no dispongamos de un objeto filológico de partida con una presencia efectiva —que en su libro más reciente Charles llama “texto ideal” (2018, p. 21)—, sino que ese mismo objeto no constituye más que una de las variantes posibles de una realidad múltiple —el texto real— en la que se incluyen no sólo los otros estados anteriores y posteriores del mismo que las ediciones críticas han ido excluyendo, sino también todas y cada una de las hipótesis de escritura que el autor pudiera desechar o no contemplar en su momento y que el lector es capaz de construir en su imaginación: es decir, la suma de todas las formas reales y virtuales que el texto ha sido y es susceptible de adoptar. A partir de aquí, la tarea del crítico consistirá en partir del texto ideal para explorar ese universo inestable y múltiple que es el texto real:

Si queremos [...] aportar alguna reflexión teórica a la práctica del comentario, no bastará por tanto con especular acerca de las “aproximaciones” o los métodos, habrá que actuar [...] de manera más radical y decisiva. Es aquí donde interviene de nuevo la noción de los “posibles”, y no sólo de los posibles de la escritura, sino también y sobre todo de los posibles de la lectura, o de los posibles que la lectura atribuye a la escritura. El texto real será considerado como eficaz tanto por lo que no utiliza y abandona como por lo que efectivamente pone en funcionamiento; el texto real será considerado como

rodeado de textos virtuales y atravesado por ellos, hasta el punto de que él mismo se convierte en un texto virtual entre otros. Por una parte, se consigue así acabar con el principio de autoridad del texto [...]. Por otra parte, se introduce en el comentario una dimensión que a priori parecía inadmisibles: la creatividad, pues de lo que se va a tratar ni más ni menos es de producir otros textos (virtuales, pero descriptibles) a partir del texto examinado (1995, pp. 107-108).

En efecto, Charles es perfectamente consciente de que su método comporta una dosis importante de creatividad y, al mismo tiempo de subjetividad, circunstancia que asume no como un inconveniente, sino como una ventaja:

El procedimiento no deja de ser aventurado, dado que, por definición, los posibles no tienen existencia, pero no habrá que dudar en construirlos. Y la lectura recorrerá muchos caminos no abiertos por el texto, o lo que queda de él. Finalmente no se corre un gran riesgo radicalizando el punto de vista, si no es el de descubrir nuevos horizontes (p. 113).

Por lo demás, la aplicación del procedimiento que se propone en *Introduction à l'étude des textes* es bastante cautelosa, pues se sirve de casos prácticos en los que la propia literalidad del texto de partida se presta a interpretaciones diferentes. Así, y por poner solo un ejemplo, de una recopilación del historiador francés Claude-François Ménéstrier (1694), recoge Charles un enigma clásico —es decir, una adivinanza en forma de poema— que presenta más de una resolución plausible, pluralidad que en última instancia legitima el derecho del lector a construir su propio texto.

En años posteriores, la teoría de los textos posibles ha ido ganando en adeptos de manera continuada. A ello ha contribuido sin duda el magisterio del propio Charles, pero también la publicación, en 2007, de *Quand lire c'est faire*, primera edición en francés de los textos más importantes de Stanley Fish, que ha tenido un eco considerable en el ámbito de la crítica francesa. En la teoría de Fish, el papel del lector es absolutamente decisivo, pues de él dependen tanto la literariedad del texto —“No es la presencia de cualidades poéticas la que impone un cierto tipo de atención, sino que es el hecho

de prestar un tipo de atención el que conduce a la emergencia de cualidades poéticas” (2007, p. 60)– como su significado: “La interpretación no es el arte de analizar (*construing*), sino el arte de construir (*constructing*). Los intérpretes no decodifican los poemas, los hacen” (p. 62). ¿Quiere esto decir que, al final, en el terreno de la interpretación todo vale? No, porque la teoría de Fish introduce un matiz elemental que limita considerablemente el alcance de la deriva del significado. Nos referimos al concepto de comunidad interpretativa, entendida esta como una suma de reglas de construcción textual en las que el lector se encuentra sumergido y que condicionan severamente su acercamiento a la literatura, no en vano son las que en última instancia establecen la aceptabilidad de una interpretación concreta. Como bien resume Yves Citton (2007), Fish legitima de derecho cualquier interpretación de un texto, incluso la más aberrante, ahora bien, la legitima *de derecho* “pero no *de hecho*, dado que en realidad estamos obligados a reconocer una interpretación como aceptable o inaceptable –es decir “buena” o “mala”– en función de las normas en vigor de la comunidad interpretativa con la que nos identificamos” (p. 115).

Pues bien, lejos de anatematizar las ideas de Fish –como había hecho Antoine Compagnon (1998)–, las nuevas hornadas de críticos franceses parecen haber encontrado en el relativismo pragmatista del autor norteamericano la base doctrinal que permite legitimar definitivamente la vía no sólo de la libre interpretación, sino también de cualquier otra acción que el lector decida ejercer sobre el texto, reescritura incluida.

Entre ellos se cuenta Marc Escola, quien ya en *Lupus in fabula. Six façons d'affabuler La Fontaine* (2003) opera una lectura intertextual que, mezclando el análisis y la reescritura, conecta las fábulas de *La Fontaine* con textos reales de otros autores (Perrault, Rabelais), así como con otras fábulas virtuales imaginadas por el propio crítico. Se trata de un ejercicio sin límites y sin complejos: no en vano Escola reivindica la figura de Borges y su conocida invitación a leer *La imitación de Jesucristo* como si hubiera sido escrita por Louis-Ferdinand Céline (pp. 239-240) –invitación que, precisamente,

Umberto Eco había evocado para ilustrar el caso de la utilización de los textos (1992, p. 40). A Escola se ha unido, algunos años más tarde, el equipo Fabula –probablemente el grupo de investigación más activo que nos ofrece el panorama de la Teoría Literaria Francesa actual–, que ha desarrollado y divulgado el programa de Michel Charles de manera sistemática a través de publicaciones como *La Case Blanche. Théorie littéraire et textes possibles* (2006), *Lire contre l'auteur* (2012) y, sobre todo, *Théorie littéraire des textes possibles* (2012). En particular, la lectura de este último volumen muestra que la creatividad de las nuevas generaciones de críticos se entrega a propuestas cada vez más audaces, y para comprobarlo basta con citar un par de ejemplos. Según Marc Douguet, las dieciséis últimas escenas de la tragedia *Phèdre* de Racine pueden permutarse sin afectar a la coherencia de la intriga, elasticidad de la que se obtiene una multitud de variantes diferentes cuyo análisis nos aporta un mayor conocimiento de la escritura de Racine en particular, así como de la casuística que rodea a la composición dramática en general (2012, pp. 39-53). Por su parte, Laure Depretto se plantea el reto de escribir la enigmática carta de confesión de Octave en *Armance* de Stendhal, una carta que no se reproduce en la novela y cuyo contenido es desconocido para el lector, para posteriormente estudiar las repercusiones que este añadido tiene sobre la obra (2012, pp. 87-99).

A menudo, las elucubraciones de la teoría de los textos posibles parten de un elemento llamativo, ocasionalmente desconocido e incluso misterioso, que orienta el análisis hacia la resolución de un posible enigma que el lector puede y debe asumir, desconfiando incluso de las informaciones que el escritor haya podido ofrecer en su obra. Esta vía fue inaugurada anteriormente por Pierre Bayard, analista muy conocido en el universo francófono por su controvertida teoría del plagio por anticipación –según la cual existen autores que se han inspirado de obras escritas siglos después– y, sobre todo, por el espíritu voluntariamente iconoclasta y provocador de ¿Cómo hablar de los libros que no se han leído? (2008)³. Aunque no se sitúa explícitamente en la línea de Michel Charles, Bayard cree que nuestra relación con los libros debe transformarse

por completo, evolucionando hacia una crítica intervencionista basada en la desacralización del autor y del texto literario:

Dicha evolución supone en primer lugar llegar a ser capaces de desembarazarnos de toda una serie de prohibiciones, inconscientes en su mayoría, que pesan sobre nuestra representación de los libros y que nos conducen a pensarlos, desde nuestros años escolares, como objetos intangibles y, por consiguiente, a culpabilizarnos a partir del momento en que provocamos transformación en ellos (2008, p. 191).

No en vano, antes de convertirse en un autor popular, Bayard había iniciado una serie de estudios en los que se ponen de manifiesto las contradicciones que rodean los crímenes cometidos en algunos clásicos de la literatura en general y de la novela de detectives en particular. Se trata de *Qui a tué Roger Ackroyd?* (1998), *Enquête sur Hamlet. Le Dialogue de sourds* (2002), serie que se ha ido completando más tarde con *L’Affaire du chien des Baskerville* (2008) y, muy recientemente, *La Vérité sur «Dix petits nègres»* (2019). Bayard se permite cuestionar aquí no sólo las indagaciones de héroes de la ficción detectivesca como Sherlock Holmes y Hercule Poirot, sino también las opciones de escritura de Conan Doyle y de Agatha Christie –y, como se deduce de uno de los títulos mencionados, del propio Shakespeare–, para finalmente proponer una resolución del misterio alternativa a la de nuestros clásicos. Se trata pues de una mezcla libre de crítica y ficción –Bayard hablará más tarde de intercreatividad (2010)– que dignifica el acto de la lectura y que, por la misma razón, debería incorporarse no sólo al ámbito de la crítica, sino también al de la enseñanza de la literatura:

Ello es debido a que nuestros estudiantes no se otorgan el derecho [...] de inventar los libros. Paralizados por el respeto debido a los textos y la prohibición de modificarlos, obligados a memorizarlos o a saber lo que “contienen”, muchos de esos estudiantes pierden su capacidad interior de evasión y se niegan a acudir a su imaginación en circunstancias en que, no obstante, ésta resultaría de lo más útil (2008, p. 161).

Por otra parte, Bayard no está solo en esta reivindicación. En el mismo sentido se ha pronunciado, por ejemplo, el anteriormente citado Yves Citton,

colaborador habitual del grupo Fabula y autor de *Lire, interpréter, actualiser. Pourquoi les études littéraires?* En este ensayo, Citton reclama una “lectura actualizante”, cuyo objetivo es extraer del texto no tanto lo que el autor quiere decir, sino lo que resulta esclarecedor en el análisis de la actualidad, una lectura por así decirlo “aplicada” a la situación presente del intérprete que, lejos de condenar el anacronismo, lo explota como elemento creativo. A modo de ejemplo Citton señala: “Leo el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie, y ‘veo’ en el texto de este escritor del Renacimiento [...] la descripción precisa de nuestros entretenimientos televisivos de principios del siglo XXI” (2007, p. 31). Se trata en suma de una práctica beneficiosa para el lector, pues le ayuda a comprender mejor su tiempo, pero también para la literatura misma, pues justifica su vigencia –“un texto se mantiene literariamente vivo en la medida en que un intérprete lo actualiza” (p. 394)–, su utilidad y, en última instancia, su presencia en todos los niveles de la enseñanza. Hay que decir que, en la base de su teoría, Citton se inspira directamente de Jean-Louis Dufays, quien ya en *Stéréotype et lecture* distinguía entre “la lectura generativa, que intenta insertar el texto al máximo en su contexto de origen, y la lectura actualizante, que intenta al contrario dar significado al texto a partir de los códigos contemporáneos” (1994, p. 175).

Textos posibles, crítica de invención, lecturas actualizantes.... Todas estas tendencias se integran más o menos directamente en un nuevo espíritu colectivo que ha sido bautizado con el nombre de “posttextualismo” por Franc Schuerewegen, autor que describe con especial lucidez la transcendencia del lector en la teoría literaria francesa más reciente y con el que concluiremos este estudio.

En su explicación y defensa del método posttextual, Schuerewegen (2012) empieza por remitirse a Fish y a Rorty para recordar que la literariedad y la interpretatividad del texto, así como su supuesta coherencia interna, son características que se originan en el acto de la lectura (pp. 14-21). A partir de aquí considera que la teoría de las intenciones de Eco carece de validez:

Confieso que nunca he encontrado muy convincente la distinción entre los tres niveles [...]. La palabra *intención* remite a una voluntad consciente, supone la presencia de un sujeto animado. ¿Puede un texto tener una o unas intenciones? Tengo mis dudas sobre el particular. En cuanto a lo que Eco llama *intentio auctoris*, ¿puede acaso ser algo diferente a una hipótesis que formula el lector acerca de lo que el autor *habría querido decir* al escribir las palabras que ha escrito? (2018, p. 230).

En la medida en que la *intentio operis* no es objetiva ni demostrable, la distinción entre interpretación y utilización de los textos queda en entredicho, es más, lo que hay que entender es que la interpretación es ya una utilización y que el hermeneuta instrumentaliza el texto tanto como los demás. Ahora bien, si rechazamos la posibilidad de la interpretación, ¿cuál es el objetivo del análisis de los textos? La respuesta de Schuerewegen es muy simple. Si aceptamos con Fish que las comunidades interpretativas condicionan severamente nuestras reglas de construcción textual y con ellas nuestro modo de leer, habremos de admitir la existencia de una intención suplementaria, la *intentio civitatis*, que constituye al mismo tiempo un referente interpretativo común y un horizonte contra el que rebelarse. Así las cosas, de lo que se trata es de hacer funcionar los textos gracias a una lectura innovadora, capaz de “poner a prueba los límites del consenso comunitario” (Schuerewegen, 2018, p. 233) y contribuir a su evolución.

Conclusiones

Tal y como hemos intentado mostrar en las páginas que preceden, a lo largo del siglo XX el horizonte del acto interpretativo ha generado un extenso debate que ha oscilado alternativamente entre dos polos opuestos: la preservación de la intención del autor y la reivindicación de los derechos del lector. Se trata de una dialéctica irresoluble, pues, por una parte, el hecho mismo de optar exclusivamente por una u otra posición equivale a caer respectivamente en la subinterpretación o en la sobreinterpretación, y, por otra, la búsqueda de fórmulas intermedias capaces de conciliar ambos sentidos –la *intentio operis* de Eco o el sentido común de Compagnon– no parecen tener un referente real en la práctica del

comentario: al final, todo elemento interpretativo del texto se remite al autor o al lector.

La respuesta que la teoría literaria francesa ha dado a este desafío en el siglo XXI ha consistido fundamentalmente en descartar el problema de la interpretación a partir de las teorías de Charles y de Fish, proceso en el que pueden observarse dos fases principales. La primera de ellas se ha caracterizado por situar al lector en la cúspide de la jerarquía interpretativa otorgándole todas las prerrogativas sobre el sentido: en la medida en que es él quien en última instancia construye el texto, el lector puede tener en cuenta, si quiere, la intención del autor, pero es absolutamente libre de añadir sus propias impresiones. Esta actitud no es tan atrevida como pudiera parecerlo. Después de todo, nuestra concepción actual de los clásicos es muy diferente a la que en su momento se tuvo de ellos: por poner solo un ejemplo, lejos de ser tenido por una simple parodia de los libros de caballerías, el *Quijote* es hoy considerado como una acabada reflexión sobre la condición humana, hecho al que no son ajenas las sucesivas lecturas que de él se han ido haciendo a lo largo de los años. Y tampoco es una idea completamente novedosa, pues ya fue ampliamente desarrollada, por ejemplo, por el escritor francés Michel Tournier, en *Le vol du vampire* (1981), libro en el que se recoge además una cita de Paul Valéry que nos parece particularmente ilustrativa: “La inspiración no es el estado en el que entra un poeta para escribir, sino el estado en el que el poeta espera hacer entrar a su lector por el efecto de lo que escribe” (p. 27).

La segunda fase, que se deriva de la anterior, es más radical, pues proclama no solo la muerte del autor, sino también la muerte del texto tal y como lo entendíamos hasta ahora. Si el lector es un elemento básico de la creatividad y de la pervivencia de la obra, su acción no ha de limitarse necesariamente a la simple interpretación –por muy que esta sea–, sino que debe ir más allá, aportando elementos exógenos complementarios asociados a su experiencia e incluso a su imaginación. Así, la desacralización del texto permite al crítico participar en el universo de la creación, ya sea orientando y prolongando el material literario anterior hacia

escenarios posibles no contemplados por el autor, ya reubicándolo en el horizonte de experiencias de la actualidad. En suma, para sondear los confines de la lectura es necesario entregarse sin complejos a la escritura y explotar a fondo esa relación indisoluble que con tanta elegancia Gérard Genette (1969) describiera ya en *Raisons de la critique pure*:

El texto es esa cinta de Moebius en la que la cara interna y la cara externa, cara significativa y cara significada, cara de escritura y cara de lectura, giran y se intercambian sin tregua, en la que la escritura no deja de leerse, en la que la lectura no deja de escribirse y de inscribirse (p. 18).

Notas

1. Ver la misma reflexión, aunque algo más desarrollada, en Culler, 1997, p. 82 ss.
2. En los casos de los libros no traducidos al español la traducción es nuestra.
3. El original francés data de 2007 (Les Éditions de Minuit).

Referencias

- Barthes, R. (1968). La mort de l'auteur. *Mantéia*, 5, 12-17.
- Bayard, P. (2008). *¿Cómo hablar de los libros que no se han leído?* Anagrama.
- Bayard, P. (2010). *Et si les œuvres changeaient d'auteur?* Les Éditions de Minuit.
- Charles, M. (1995). *Introduction à l'étude des textes*. Seuil.
- Charles, M. (2018). *Composition*. Seuil.
- Chartier, R. (1987). *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*. Seuil.
- Citton, Y. (2007). *Lire, interpréter, actualiser. Pourquoi les études littéraires?* Amsterdam.
- Compagnon, A. (1998). *Le démon de la théorie. Littérature et sens commun*. Seuil.
- Culler, J. (1995). En defensa de la sobreinterpretación. En U. Eco, *Interpretación y sobreinterpretación* (pp. 19-13). Cambridge University Press.
- Culler, J. (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Ariel.
- Depretto, L. (2012). Lettres possibles. Pour un critique épistolier. En M. Escola, *Théorie des textes possibles* (pp. 87-99). BRILL. https://doi.org/10.1163/9789401207867_008.
- Douguet, M. (2012). Cent mille milliard de tragédies. En M. Escola, *Théorie des textes possibles* (pp. 39-53). BRILL. https://doi.org/10.1163/9789401207867_005.
- Dufays, J.-L. (1994). *Stéréotype et lecture*. Mardaga. <https://doi.org/10.4000/books.puc.9702>.
- Eco, U. (1962). *Opera aperta*. Bompiani.
- Eco, U. (1979). *Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*. Bompiani.
- Eco, U. (1992). *Los límites de la interpretación*. Lumen.
- Escola, M. (2003). *Lupus in fabula. Six façons d'affabuler La Fontaine*. Presses Universitaires de Vincennes. <https://doi.org/10.4000/books.puv.2431>.
- Escola, M., & Rabau, S. (Eds.) (2006). *La Case Blanche. Théorie littéraire et textes possibles. La lecture littéraire*, 8.
- Escola, M. (Ed.) (2012). *Théorie des textes possibles*. BRILL. <https://doi.org/10.1163/9789401207867>.
- Fish, S. (2007). *Quand lire, c'est faire. L'autorité des communautés interprétatives*. Les Prairies ordinaires.
- Genette, G. (1969). *Figures II*. Seuil.
- Iser, W. (1972). *Der implizite Leser. Kommunikationsformen des Romans von Bunyan bis Beckett*. Wilhelm Fink Verlag.
- Jouve, V. (1993). *La Lecture*. Hachette.
- Lennhardt, J., Józsa P., & Burgos, M. (1982). *Lire la lecture. Essai de sociologie de la lecture*. Le Sycomore.
- Picard, M. (1986). *La lecture comme jeu*. Minuit.
- Rabau, S. (Ed.) (2012). *Lire contre l'auteur*. Presses Universitaires de Vincennes.
- Rorty, R. (1995). El progreso del pragmatista. En U. Eco, *Interpretación y sobreinterpretación* (pp. 96-118). Cambridge University Press.
- Riffaterre, M. (1970). *Essais de stylistique structurale*. Flammarion.
- Schuerewegen, F. (2012). *Introduction à la méthode post-textuelle. L'exemple proustien*. Classiques Garnier.
- Schuerewegen, F. (2018). *Le vestiaire de Chateaubriand*. Hermann.
- Tournier, M. (1981). *Le vol du vampire*. Gallimard.
- Viala, A. (1985). *Naissance de l'écrivain*. Minuit.